

go involucra la triple conspiración de autor, texto y personajes”. El placer de la ironía, digámoslo así, placer que va unido a la lectura, al sueño de hallar un lector ideal, la comunión y la participación que conlleva el ejercicio de la escritura, “espejo cuya luna me devuelve el rostro de mis obsesiones; página que día a día se torna voluntad de estilo...”.

“La profecía de Flaubert” es un extenso ensayo de Rodrigo Parra Sandoval, una reflexión acerca de las relaciones entre la novela y la ciencia, y un paralelo muy personal entre Julio Verne y Gustave Flaubert. Luego va a justificar una tendencia de la novela colombiana reciente como una respuesta ante la desintegración de los valores en la modernidad. Me refiero a la narración que se opone estilística y filosóficamente a la forma tradicional de escritura. Tal tendencia, según Parra Sandoval, “postula que la incertidumbre del presente, la pérdida de centro y de totalidad, la fragmentación de la vida, la aceleración de la velocidad del tiempo social, el caos del ser, son desafíos que es necesario narrar con nuevas herramientas literarias, con nuevas arquitecturas novelescas, con lenguajes que se revitalicen bebiendo en las múltiples maneras de hablar del hombre contemporáneo”. El autor describe algunos componentes de tal tendencia donde él mismo milita, utilizando la caracterización de la ciencia del caos: la desintegración del yo, la complejidad, el desorden, el tiempo social y el lenguaje.

Lina María Pérez redacta un sencillo texto que titula “Lo raro es escribir”, una especie de relato sincero acerca de sus comienzos y de sus primeros logros. Destaco su frescura, su espontaneidad en el decir. Allí, por ejemplo, manifiesta: “El paso a la escritura fue un lento acto mezcla de curiosidad y de un secreto complejo de inferioridad ante la capacidad de los escritores para robarse, manipular, deformar, y reinventar la realidad a sus antojos”.

De idéntico talante es “El trabajo artístico en literatura” del profesor Augusto Pinilla, miembro de la Ge-

neración sin Nombre, en cuyo interior también pudieron compartir con autores de la dimensión de Fernando Charry Lara, Héctor Rojas Herazo, Rogelio Echavarría, Hernando Valencia Goelkel, Fernando Arbeláez, los sobrevivientes de Mito. “Entre todos, la conversación con Rojas Herazo me resultó siempre la más eficaz provocación a la actividad artística”, nos confiesa el autor.



A continuación un profuso ensayo de Jaime Alejandro Rodríguez, acerca de los avatares de la escritura y su relación con los computadores, subtitulada “Testimonio de una experiencia posmoderna”. En el primer punto describe la conexión entre modernidad y posmodernidad, valiéndose del caso de los computadores, cuando en su desarrollo pasó de una cultura del cálculo a una cultura de la simulación. El segundo punto es dedicado a la creación literaria personal, luego a la supuesta muerte de la literatura (de su tradición y sentido) y finalmente a la propuesta de la convergencia de un nuevo humanismo con la tecnología.

El último de los ensayos es “El salto de la escritura” de Juan Manuel Silva, el cual a su vez se divide en tres partes: “El contexto de la escritura”, reflexión alrededor de la subjetividad y la objetividad del acto literario; “Obstáculos para hacer literatura”, una sumatoria de dilemas y retos que enfrenta la creatividad; y “La actualidad de la propia experiencia”, los indicios del enfrentamiento del escritor con la realidad social y los de su propio arte.

La segunda parte del libro la compone una antología literaria, la cual sirve de contraste entre la teoría expuesta al inicio y la obra de cada autor. Comparación afortunada para la mayoría de escritores, salvo las páginas firmadas por Jaime García Sucedo, Luz Mary Giraldo y Julio César Goyes, quienes, a pesar de sus cualidades docentes, pedagógicas y conceptuales, no logran construir una literatura artística de acuerdo con el bagaje que contienen sus textos discursivos. Un asunto es la teoría y otro es el ejercicio del arte, y estos dos elementos en manos de ciertos escritores se encuentran divorciados.

GABRIEL ARTURO CASTRO



¿América, hacia dónde?

América mestiza

William Ospina

Aguilar, Bogotá, 2004, 241 págs.

América mestiza es, ante todo, un manifiesto poético. William Ospina escribe regularmente sobre lo mismo y para los mismos: columnas, ensayos y artículos sobre identidad cultural, indigenismo, sociología, antropología, literatura —especialmente sobre Pablo Neruda; Ospina es todo un “nerudito”—, algunas retahílas de corte político, y toda suerte de prólogos amañados para la gran cantidad de amigos que tiene, o más bien para aquellos que, como buenos oportunistas, lo ven como el gancho editorial más adecuado para sus desafortunados experimentos literarios. Ospina aquí y allá. Después de todo, qué mejor que una “vaca sagrada” para vender un poco más o agenciarse favores cuando es poco lo que se tiene para merecerlos. Cabría, eso sí, leerlo de vez en cuando y robarle algo de esa labia tan llena de citas y sobresaltos que le han dado el calificativo de intelectual. Su verborrea recuerda lo que Tom Wolfe,

en su artículo “En el país de los marxistas rocó”, recordaba haber oído de un diplomático francés: “Un intelectual es una persona versada en un único campo, que sólo opina sobre los demás”.

Para empezar, *América mestiza*, suma de ensayos breves alrededor del proyecto “americanista” del autor —no por nada su subtítulo reza *El país del futuro*—, pretende reconstruir la idea de un continente homogéneo y único: “¿Cómo no desear que algún día, cuando la vecindad, la colaboración y el respeto hayan cumplido su misión, todo el continente americano sea una vasta alianza de dignidad y de civilización propiciada por las lenguas y por las tradiciones?” (pág. 13).

Ospina mantiene para ello un tono pedagógico con episodios de hilaridad poética y toda clase de referencias que acercan su disertación a una rara mezcla entre el *Larousse ilustrado* y un luengo y monótono poema, mala versión de aquel *Elegías de varones ilustres de Indias* de don Juan de Castellanos, uno de los nombres más citados a lo largo del libro. Ospina es, ante todo, un poeta de provincia venido a más; por eso no es raro que escriba cosas como esta:



Agua, agua es el milagro secreto de la tercera gran región geográfica de nuestra América [...] Aguas que declinan en torrentes desde las cumbres andinas y desde los macizos periféricos; aguas que desembocan en otras aguas; aguas que descienden por la evaporación que obran los climas

tropicales; nubes de la evaporación atlántica que vienen descargando sus lluvias desde el oeste, sobre las extensiones selváticas y que se agotan en las vertientes andinas; aguas que se hacen verdes en el follaje incesante de la selva; [...] aguas en las que nadan los tapires, de la que se protegen los osos hormigueros adaptándose a una vida arbórea... [pág. 39]

Ha quedado claro lo del agua y, en la misma medida, nos quedarán claras muchas cosas, tanto que no tendremos reparo alguno en saltar de aquí para allá sobre las líneas escritas en busca de un respiro. Se podrán suprimir párrafos, incluso pasar de un capítulo a otro pidiendo a gritos un mapa que oriente nuestro safari por la *América mestiza* de Ospina. Más adelante, ya en los momentos de euforia en que el autor hablará de una veintena de autores en menos de dos páginas, hará falta un pie de página, una acotación, un salvavidas.

Ospina subestima a sus lectores —explica con detalle cosas tontas como el cuidado que se debe tener por la integridad de las selvas, “pues de allí procede buena parte del aire y del agua que hacen posible nuestra vida”— y, a la vez, le toma por intelectual de su rango con vertiginosas exposiciones sobre cuanto cosa se le venga a la cabeza. Cita, a propósito de su proyecto de América separatista, a Victor Hugo, Czeslaw Milosz, W. H. Auden, Paul Valéry, Novalis, Dante, Nietzsche, Hegel, etc., etc., y lo hace sin una guía, sin un sustento teórico que nos aproxime al muladar de datos que su emoción consigna en cada hoja. En cierta medida, Ospina es un europeísta por erudición y un americanista por emoción. Se entiende su empresa en la medida que sus disertaciones atañen a un legado moderno que Occidente ha provisto y que enriquece desde su sincretismo y su pluriculturalidad. Ospina abreva de Occidente, su contradicción tiene el acento de un indígena que reniega de los españoles, en español; un colono recién llegado del extranjero

con un súbito ataque de nacionalismo demagógico. No obstante, es claro su propósito. En realidad, el factor que más enriquece esa América (Ospina diferencia a la América mestiza de la América del Norte, en la que la Colonia logró la “magnificación del continente europeo”, dada la “aniquilación casi total de la población nativa”), es la mixtura de voces foráneas y riquezas propias, el ser un mundo en construcción que aún tiene mucho por hacer para la historia:



La llegada de los europeos, con su campaña de conquista obró un vasto y trágico proceso de destrucción y de ocultamiento de toda esa realidad previa, pero al mismo tiempo aportó las lenguas y las costumbres que finalmente propiciarían una cultura continental. Los siglos de la Colonia nos hicieron europeos, trasladaron a América los elementos que unieron definitivamente al continente americano con el orden de la cultura occidental, aunque mantuvieron a nuestras naciones en una suerte de Edad Media tardía, la misma a la que se había replegado, después de su brillante época imperial, la sociedad española.

A ratos Ospina es muy claro, otras se alarga en consideraciones muy vagas, o por lo menos ambiguas para quien lo lee, y emprende tediosos monólogos con cientos de años resumidos en una o dos páginas de contenida prosa poética. El problema radica en el discurso, en las tre-

tas y los caminos que se sigue para decirlo, en el intertexto, en esa estructura profunda de su ensayo que aleja despavorido a más de uno de sus hipotéticos lectores, los reales —creo—, a quienes va dirigido finalmente su manifiesto:



Esas empenachadas compañías que dirigieron el valiente Ambrosio Alfinger, el sagaz Federmann, y el bello y traicionado y ensangrentado Felipe de Hutten, vieron malograda su suerte por la adversidad de la naturaleza americana, y no lograron sobrevivir a la rudeza de los soldados españoles, que los veían como rivales. [...] Vinieron los Pizarro pero también vinieron Oviedo y Las Casas, vinieron los genocidios pero también los observadores de la naturaleza, [...] Ello no ocurrió con el Asia, invadida sucesivamente por Alejandro, por los romanos, por los cruzados, por las tropas de Napoleón, por el Imperio Británico. [pág. 55]

En el curso del libro, Ospina va y viene por la poesía y el esplendor del continente arremetiendo de improviso con una fila de citas bibliográficas; cita autores de manera impersonal como si fuesen sus amigos más allegados y, para nuestro bien, hace, en un trecho del texto, un análisis especial de los mitos fundacionales y antropogénicos de las culturas indígenas, sondea la historia prehispánica, los hallazgos arqueológicos, el poderío de las culturas más llamativas y, como su comodín, vuelve a Juan

de Castellanos o a Pablo Neruda. Hace una constante asociación entre cosas a simple vista dispares, el Tao y los indígenas americanos, por ejemplo. Ocurre que ello no sería problema si profundizara en lo que pretende decir, si dejara que cada una de sus repentinas ideas llegasen a un concluyente examen.

Con Ospina ocurre algo que he repetido mucho, aquella máxima de Wystan Hugh Auden por la cual, de ciertos intelectuales contemporáneos, son más rescatables sus citas que sus comentarios personales. Ospina se acuerda de todo, consigna todo con exactitud en su cabeza, pero me temo que los lectores no son su fin sino su pretexto, como si hablara para sí, como si en el fondo supiera que nadie lo va a tomar en serio.

América mestiza necesita de un libro explicativo, de una bibliografía de mínimo ochenta páginas y un apartado de notas incluso más voluminoso que su ensayo. Lo que se concluye es que Ospina, a veces un funcionario encubierto de Green Peace, a veces un vendedor de planes de viaje, a veces un megalómano con bastante memoria y a veces un orate que se cree Simón Bolívar, buen ensayista cuando se lo propone, sabe que América toda está en el ojo del huracán, pero a ratos no concuerda lo que nos ha hecho sentir con las frases fulminantes que anota, edictos que intrigan y que hacen que finalicemos la lectura con la sensación de no haberle entendido del todo: “Preferiríamos persistir en la desordenada pobreza antes que plegarnos a una lógica de frenesí productivo y de hastío como el que domina a algunas sociedades opulentas del mundo”. Ospina es *nuestro* abanderado; el vocero de una causa utópica y persistentemente contradictoria. Su manifiesto americano es una mezcla de datos y extensas exploraciones geográficas. Expone toda una cartografía emocionada de las maravillas del continente, revisa con acierto momentos de la historia e incluso de la literatura como argumento para su noble empresa, pero... ¿Es justo para sus lectores recibir tal cantidad de información, sentarse

frente a un hipomaniaco cuya fuga de ideas sólo consigue que nos abalancemos sobre él para callarle la boca? Cerramos el libro y no sabemos si hemos pecado de ignorantes o si secretamente, Ospina, quisiera jugar con nuestra inteligencia y, sobre todo, con la poca paciencia que nos queda.

CARLOS ANDRÉS
ALMEYDA GÓMEZ



Tareas del azar y la reflexión

¿Por qué las moscas no van al cine?

Julio César Londoño

Planeta, Bogotá, 2004, 226 págs.

Pocas veces ocurre que un libro cuyo género se pone en duda desde el comienzo origine la inquietud que uno como el presente llega a suscitar en el lector que apenas pone sus ojos en él. ¿Por qué las moscas no van al cine?, del crítico, ensayista y narrador colombiano Julio César Londoño (Palmira [Valle], 1953), sólo llega a revelar su hibridez en la nota que William Ospina escribe en su carátula: “Un libro con la diversidad de una enciclopedia, el tino de la poesía, la agilidad del periodismo y la alegría de un quiosco de revistas”. Luego de esta nota “comercial” de su amigo y colega de la revista Número —publicación en la que Londoño colabora frecuentemente—, el autor palmireño acierta a darnos, en el prólogo de su libro, una guía sobre el carácter ambivalente de los casi cincuenta textos que este volumen recoge como “artículos de ciencias y humanidades”. La explicación dada no intenta más que evidenciar una vertiente del ensayo de mayor riqueza y elasticidad temática, esto es, el ensayo de divulgación, “un género que va a caballo entre la literatura y la ciencia; que oscila entre el ritmo y la reflexión”. Sobre el trazado de este género “nobilísimo”,